



LA INVESTIGACION-ACCION PARTICIPATIVA: SUS BASES CONCEPTUALES Y METODOLOGICAS

Ernesto Guadamuz López



PRESENTACION

El propósito de este documento es reunir, en unas pocas páginas, una síntesis de las diversas contribuciones que sobre las bases conceptuales y metodológicas de la investigación-acción participativa, se han realizado esencialmente en el ámbito latinoamericano.

Asimismo se procura proponer algunas líneas de reflexión sobre los desafíos y requerimientos, de carácter metodológico, que le plantea la investigación-acción participativa a los técnicos y profesionales comprometidos en los proyectos de desarrollo alternativo y promoción social.

Finalmente, es conveniente poner de relieve que las propuestas que siguen constituyen solamente unas palabras iniciales para abrir un diálogo con otras instituciones (y grupos de base) costarricenses interesados en desplegar iniciativas comprendidas dentro de las metodologías de cualquiera de las modalidades de la investigación participativa.

Seguramente que si tal diálogo resulta fructífero y es alimentado por la reflexión de experiencias concretas, el destino de las líneas que siguen sea el de verse corregidas y superadas.

!Qué así sea!

1. Las bases conceptuales de la Investigación-acción participativa

De primera entrada resulta difícil *reconstruir* las bases conceptuales sobre las cuales se asientan diversas *experiencias* de investigación-acción participativa.

Subrayamos los términos «reconstruir» y «experiencias», en razón de que la investigación participativa ha estado ligada, desde sus orígenes, a experiencias caracterizadas y delimitadas por las urgencias comunitarias inmediatas; al mismo tiempo que por el ensayo de fórmulas técnicas y metodológicas provenientes de diversas disciplinas científicas o bien gestadas por la creatividad de las bases para enfrentar retos específicos.¹

De tal modo que tratar de precisar los fundamentos conceptuales de la IAP es primordialmente una tarea de «reconstrucción» teórica. Una vía de acceso posible (y quizás deseable) sería la de hacer la historia de los conceptos que permiten pensar las experiencias de la IAP, es decir, trazar la «arqueología» de las diversas contribuciones teóricas que desde distintas disciplinas (etnografía, historia de las mentalidades, teoría de las ideologías, epistemología, sociolingüística, etc.) convergen en las metodologías de la investigación participativa.

Sin embargo, aquí optamos por un camino que nos parece más operativo: el de ubicar conceptualmente los espacios y temáticas en los que en la práctica se ha desarrollado esencialmente la IAP. Luego de un cuidadoso escrutinio hemos seleccionado los siguientes espacios y temáticas: vida cotidiana, grupos de base, sentido común, ideologías, mentalidades, movimientos sociales, participación, autogestión y desarrollo alternativo.²

La idea consiste en ir estableciendo definiciones y relaciones conceptuales entre la IAP y cada uno (o varios) de estos espacios y temáticas, de modo tal que finalmente tengamos una noción aproximada de cuáles son los instrumentos teóricos en los que se apoya el trabajo de la IAP y, a la vez, cuáles desafíos afronta este tipo de experiencias a la hora de ser sistematizadas.

1.1. *La vida cotidiana, el sentido común, las mentalidades: temáticas y ámbitos inmediatos de la IAP*

Según Daniel Prieto, «cuando se toca el tema de la vida cotidiana hay por lo general dos riesgos: o caer en una descalificación de la conducta, creencias, expectativas del «hombre vulgar», o limitarse a descripciones de costumbres que a menudo se quedan en la pura anécdota».³

Pues bien, en la medida en que la IAP se propone esencialmente un nuevo tipo de «saber» vivencial y comprometido con la valoración de las experiencias de los grupos de base: la vida cotidiana de tales grupos se constituye en el «nicho» natural de su desenvolvimiento. Así que, para conjurar los riesgos aludidos, es conveniente empezar por delimitar la forma en cómo la IAP conceptúa la vida cotidiana en su relación con el trabajo en el seno de los grupos de base.⁴

Entenderemos, en lo que sigue, por vida cotidiana al conjunto de concepciones, evaluaciones y percepciones que articuladas y sancionadas por las prácticas diarias, comparten los miembros de un grupo social. Las concepciones tienen que ver con las formas y procedimientos mediante los cuales entramos en relaciones de conocimiento con el medio ambiente, social y natural, los demás y nosotros mismos. Las evaluaciones están constituidas por las maneras en que cargamos de sentido y valoramos la propia situación social: modo de calificar y descalificar seres, objetos y hechos. Derivadas de las evaluaciones, las percepciones cotidianas se ocupan de ver la realidad (material e imaginaria) por medio de esquemas clasificatorios aprendidos, estereotipos, pasiones, significados.

El hecho de que lo que articula y sanciona la vida cotidiana sean las prácticas diarias, implica que ésta se desarrolla fundamentalmente en la familia, los grupos primarios, y al interior de ellos en el trabajo, el consumo y el esparcimiento.

Si bien la IAP se nutre del fértil «suelo» de la vida cotidiana, la verdad es que lo hace en el contexto de una labor ubicada en un sustrato que organizativa y pedagógicamente la trasciende: este sustrato es el de los grupos de base. Ello es así porque la IAP se despliega principalmente dentro de experiencias en las cuales los grupos o comunidades de base, además de las connotaciones económicas y estructurales (el de ser fundamento de la pirámide social) poseen, o están en vías de poseer, un sentido educativo: el de hacer valer su voz y poder de negociación a partir de una asunción consciente de su identidad y potencialidades auto-gestionarias.

O sea, para la IAP, los grupos o comunidades de base no se definen exclusivamente como aquellos que conforman la mayoría pobre de la población

y que comparten ámbitos cotidianos de resolución grupal de sus problemas, sino que además precisa que tales agrupaciones en términos tendenciales se dirijan hacia lo que la doctrina social de la iglesia católica denomina como la constitución de los hombres en sujetos de su propia historia.⁵

Ahora bien, ¿de qué manera puede pensarse desde la IAP este tránsito (que no deja de ser asentamiento y raingambre, como veremos luego) entre la vida cotidiana y la potenciación de la identidad y las capacidades autogestionarias de los grupos de base? La respuesta a esta interrogante remite directamente a la concepción de «saber» (o «saberes») que maneja la IAP. Tal concepción va en la dirección de afirmar una relación teoría/práctica en la que por una parte, la primera es despojada de toda connotación elitista (como monopolio de los especialistas y divorciada absolutamente de la pasión por la vida real) y por otra, a la segunda, lejos de percibirse peyorativamente (como ciega o embrutecedora), se la valora en calidad de criterio de validación del conocimiento.⁶

Esto no implica, desde luego, que la IAP deje de concebir el trabajo intelectual como necesitado de preparación y disciplina particulares. Sólo que dentro de la IAP las normas de rigurosidad de la producción de conocimientos son asumidos desde una sensibilidad muy diferente a la propia de los claustros académicos.

Aquí se trata más bien de una adopción desde los grupos de base del método científico, en la medida en que éste aporta la sistematicidad y gradualidad metódicas necesarias para acceder a un conocimiento en el cual, al tiempo que perviven rasgos del entorno social inmediato de los participantes, se expresan los diversos grados de generalización propios de las disciplinas científicas.

En realidad la IAP rompe con la disyuntiva (asentada en una determinada división social del trabajo) entre ciencia (conocimiento) y vida cotidiana. Tal superación se efectúa por medio de la recuperación del saber popular presente en el sentido común.

Sin duda la IAP pisa un terreno polémico cuando ubica -preferentemente- su quehacer cognoscitivo dentro del sentido común popular. Ya que pocas vivencias han sido tan descalificadas como las asociadas al sentido común.

Cuando hablamos de sentido común nos referimos a la «filosofía espontánea» propia de «todo el mundo» y de la concepción de mundo presente en ella. Esta concepción de mundo se caracteriza por estar constituida por agrupaciones temáticas e ideológicas asistemáticas y dispersas. Las vertientes principales a través de las cuales se acarrea y socializa esta concepción de mundo son: el lenguaje, el folklore y la religiosidad populares.⁷

Los códigos lingüísticos de los grupos de base no son únicamente elementos de su identidad socio-cultural externa, sino también expresión privilegiada de un mundo interior en permanente desarrollo donde lo lúdico y festivo ocupan un sitio importante.⁸ Igualmente, es en los giros o formas dialectales de los grupos populares donde, quizás, se puede apreciar mejor la gestación de los símbolos de la imaginación colectiva.⁹

Por otra parte, dentro de la IAP, el folklore es apreciado en calidad de expresión del mundo cultural de los grupos sociales y no como una vena popular pintoresca, graciosa y eventualmente comercializable. Y, finalmente, la religiosidad popular, en tanto está vinculada a determinadas prácticas de fe y solidaridad, expresaría en el ámbito del sentido común una opción de certidumbre frente a los cambios repentinos asociados a la precariedad (de ingresos, de calidad de vida, etc.) que caracteriza las vivencias diarias de tales agrupaciones.

Ahora bien, la IAP se plantea, frente a estas concepciones de mundo presentes en el sentido común, una operación que podríamos calificar esencialmente de crítica y reforma culturales. Entendámonos, esta acción «depuradora» no puede llevarse a cabo desde afuera del movimiento social real de los grupos de base. Y aquí topamos directamente con uno de los filones de reflexión más debatidos en el seno de los proyectos de promoción social y desarrollo alternativo: si en el sentido común y en la vida cotidiana de los grupos de base perviven mezclados y compenetrados, elementos «positivos» y «negativos» para su propio desarrollo y existencia, entonces ¿de qué manera y con qué criterios, separar (como en la parábola bíblica) el grano de la paja? ¿Aquello que se muestra fértil de aquello estéril y perpetuador de las relaciones sociales asimétricas? La IAP (y en general, las diversas vertientes de la educación popular en el Tercer Mundo) ha ido encontrando en su quehacer dos aproximaciones complementarias para encarar tales interrogantes.¹⁰

Primero se ha concluido que no existe ninguna cultura popular «suicida», o sea, que en el marco de las relaciones inmediatas de sobrevivencia siempre están presentes valores y prácticas en pro de la vida y su ampliación. De tal modo que prácticas como la medicina tradicional, la fiesta popular, el trabajo comunitario entre ciertos grupos indígenas, etc., constituyen respuestas aprendidas históricamente en los grupos primarios para hacer frente a la reproducción de la vida. Así, un primer criterio con arreglo al cual la IAP «juzga»¹¹ cuales tradiciones, valores y prácticas deben ser «recuperadas» del torrente del sentido común, es una apreciación concreta de cuáles de ellos están en condiciones de articularse en una estrategia de sobrevivencia de plazo mediano o largo. A este núcleo de valores «positivos» dentro del sentido común suele llamársele «núcleo de buen sentido», sólo que desde la IAP tales núcleos no aparecen preformados antes de que la acción consciente de los movimientos sociales de base determine que es útil para su perfeccionamiento y desarrollo.

Lo cual nos conduce a una conclusión conceptual de importancia cardinal: no existe ninguna práctica, valores o tradición que derive su carácter «positivo» para los grupos de base, de una supuesta condición inherente o consustancial. Es decir, de previo (a priori) no existe nada dentro de la vida inmediata de los grupos populares que contribuya a su desarrollo como fuerzas sociales. O la que es una derivación, no existe cultura popular pura.

La IAP se mueve siempre en un terreno cruzado por las contradicciones culturales (además otro tipo de contradicciones); lo cual implica que en realidad labora sobre -y en- espacios en los cuales los valores e intereses de quienes poseen mayores posibilidades de concentración de la riqueza social y comunicacional tienen una eficacia significativa.

Por lo tanto, en definitiva en una primera aproximación, las iniciativas de los proyectos asociados a la IAP, recuperan aquellas prácticas y valores del sentido común que en virtud de haber pervivido en determinados espacios de resistencia popular forman parte de la memoria histórica (colectiva) de ciertos estratos o sectores de los grupos populares.

Se trata entonces de un conocimiento latente o «dormido» en el recuerdo de viejos luchadores, de antiguas maestras de pueblos otrora florecientes, de artesanos innovadores que plasmaron la relación cotidiana con los objetos de

labranza, por ejemplo, y que ahora se vuelve trascendente porque sus herederos colectivos lo requieren para dar nuevas batallas por la justicia y el desarrollo equilibrado. Así, pues, se recupera desde el presente, desde sus coordenadas específicamente urgentes, para un futuro tangible cuya viabilidad depende, en buena parte, de una asunción consciente del pasado.

Ahora bien, el énfasis que hacemos en el hecho de que la IAP parte de lo cotidiano y vivencial, obedece a un propósito que va más allá de resaltar determinadas conclusiones acerca de la teoría del conocimiento presente en los procesos de investigación participativa. También, y de manera fundamental, procuramos poner de relieve que el «espacio privado» de lo cotidiano, de lo familiar configura, a la vez, los procesos básicos de reproducción biológica y social.¹² En esa medida, es imperativo considerar que lo cotidiano se torna cada vez más un espacio «público». O, más rigurosamente, que la distinción entre lo público y lo privado se desdibuja cada vez más en razón de la irrupción de las fuerzas productivas y del Estado en las preocupaciones y soportes básicos de la vida cotidiana. Así, problemas como el transporte público (directamente conectado con las posibilidades cotidianas de empleo y esparcimiento), la administración familiar de los ingresos (actividad cotidiana de la mayoría de las mujeres humildes que tiene un impacto decisivo en las relaciones de pareja e interfamiliares) y el de las prácticas productivas tradicionales enfrentadas a las innovaciones tecnológicas -para citar sólo tres ejemplos-; se inscriben dentro de esa zona de interpenetraciones entre lo público y lo privado / lo cotidiano y lo estructural-relacional.

De tal modo, que en definitiva, la mejor forma de caracterizar los procedimientos metodológicos de la IAP sea diciendo que éstos se llevan a cabo por medio de un doble movimiento: «cotidianizar» el examen y la asunción de los complejos problemas de la realidad histórica-social (distribución de la riqueza, gestación y usufructo diferenciado del poder socio-político, desarrollo y socialización de los productos culturales, etc.); y, a la vez, desentrañar en todas sus implicaciones públicas (sociales y políticas) en apariencia, triviales e intrascendentes componentes de la vida cotidiana de los grupos de base.

Lo cual es conceptualmente posible porque a pesar de que el sentido común, como concepción de mundo de la vida cotidiana, es heterogéneo y poco articulado; esta última posee una jerarquización mediada por su inserción en la realidad social e histórica concreta.¹³

Sin embargo, las experiencias suscitadas en América Latina en el seno de pequeños proyectos gestados y conducidos participativamente, tienden a demostrar que para su propia supervivencia no basta con luchar y sobrevivir, es imprescindible avanzar hacia la prosperidad, hacia un sentido de vida que trascienda lo cotidiano y se preocupe por acceder a la transformación de sistemas e instancias más sociales, más ampliamente estructurales. En este sentido la IAP se propone una segunda aproximación al sentido común, aproximación en virtud de la cual la IAP estructura «núcleos de buen sentido» destinados a servir de enlace entre la inmediatez de las prácticas y valoraciones del diario vivir y la construcción de conceptos capaces de entender y desentrañar las formas de operación y legitimación de tales instancias «más ampliamente estructurales».

Pero para pensar de qué manera la IAP contribuye a gestar este nuevo tipo de conceptos que vinculan lo cotidiano con lo estructural, requerimos remitirnos (como lo hace la IAP misma) a los ámbitos y temáticas que de manera mediata o intermedia configuran sus bases conceptuales, es decir: los movimientos sociales en su relación con las concepciones de autogestión, participación y desarrollo alternativos.

1.2. Los movimientos sociales, las ideologías, la participación, autogestión y desarrollo alternativos: temáticas y ámbitos mediatos de la IAP

Desde que en la década de los 60 surgieron las primeras experiencias de investigación participativa, la educación popular latinoamericana ha estado presente en el acompañamiento de complejos procesos sociales que van desde los masivos movimientos de la Iglesia Popular brasileña hasta la alfabetización de adultos en Nicaragua.¹⁴

Ello ha implicado, por una parte, que los gestores y agentes de la IAP entrasen en contacto con instancias sociales y políticas que rebasaban las determinaciones locales (del barrio o la comunidad campesina) para pasar a tener como interlocutores al Estado, sus instituciones y a las re-presentaciones de los grupos dominantes nacionales. Y, por otra, a que de manera correlativa, desde la IAP tuviesen que ser llenados de nuevos contenidos conceptos como participación, desarrollo, autogestión, que en la jerga académica y política tradicional habían sido cargados de fuertes connotaciones ideologizantes y manipuladoras.

1.2.1 El papel de la IAP en los movimientos sociales: del aprendizaje colectivo a las propuestas alternativas

Asimismo los diagnósticos y procesos de planificación apoyados en las metodologías de la IAP tuvieron que vérselas con un nuevo tipo de desafíos: ser capaces de gestar, desde el trabajo de base, propuestas alternativas de carácter regional e (incluso) nacional que tuviesen un grado suficiente de viabilidad política y de sustento técnico como para que no fuesen rechazadas ad portas por los organismos correspondientes.

Todo ello requirió, de parte de los comprometidos en experiencias normadas por la IAP, de un esfuerzo por pensar la compleja dinámica de los movimientos sociales en el seno de los cuales se configuraban tales conflictos y negociaciones con instancias hegemónicas nacionales.

Mas estos movimientos sociales no limitaron sus acciones a una mera opción contestataria frente al poder establecido; en muchos casos lograron materializar algunas de sus propuestas. De tal modo que las iniciativas de educación popular que los acompañaban se vieron avocadas a la tarea de formular, pedagógicamente e investigativamente, los requerimientos necesarios para que la producción de bienes y servicios, la administración de fondos de inversión, la comercialización (y otras actividades similares por medio de los cuales se cristalizaban los espacios de poder y negociación adquiridos por los grupos de base) asumieran un carácter educativo y de largo plazo. Así pues, hacer de la producción un proceso socialmente educativo para los grupos de base, se constituyó en un reto básico para la IAP.

En definitiva todo lo anterior significó comenzar a «pensar en grande» sin olvidar la raigambre esencial que la educación popular debía mantener en los pequeños proyectos de base. Y, más particularmente, para la IAP (como un componente sustancial de la educación popular) se planteó la necesidad de estructurar un conocimiento que expresara las nuevas relaciones sociales y productivas que se desarrollaban al interior tanto de los movimientos sociales nacionales,¹⁵ como de los proyectos de desarrollo alternativo.

Un elemento primordial que inicialmente estuvo presente en este nuevo derrotero de la IAP, como lo señala Orlando Fals Borda,¹⁶ fue la constatación de

las insuficiencias de la racionalidad científica de carácter cartesiano y de sus instituciones de extensión (universidades y centros de investigación) para captar la especificidad y riqueza conceptuales de aquellas experiencias: frente a ellas las teorías generales y los esquemas conceptuales de la academia resultaron excesivamente ampulosos y grandilocuentes. Igualmente estaba de por medio el hecho de que «el conocimiento científico se produce cada vez menos para ser pensado y meditado por espíritus humanos, cada vez se acumula más para el cálculo por ordenadores, es decir, para ser utilizado por entidades supraindividuales, principalmente la entidad supercompetente del Estado».¹⁷

Pero, al mismo tiempo, las nuevas condiciones exigían la apropiación desde los grupos de base de la rigurosidad y sistematicidad propias del saber científico establecido. Urgía, entonces, tener acceso a cuerpos teóricos, entendidos éstos como conjuntos de tendencias (o leyes) básicas que procuran entender y explicar los movimientos y contradicciones inherentes de la sociedad y que esto se hiciera mediante formas dotadas de cierta sistematicidad y a través de métodos con un grado establecido de confiabilidad y contrastación.¹⁸

Examinaremos, de seguido de qué manera la IAP ha ido conformando un programa de compromiso y convergencia entre el conocimiento popular (empírico) y la racionalidad científica de la academia. Un programa de esta naturaleza aparece como garantía de un conocimiento que recupere las bases culturales, festivas y pasionales de lo popular y, a la vez, esté en capacidad de construir los conceptos necesarios para desentrañar la opacidad y mediatez de las relaciones sociales consideradas estructuralmente.¹⁹

1.2.1.1 Los movimientos sociales: universidad y laboratorio de la vida para la IAP

Uno de los problemas iniciales con que topó la IAP en la década pasada estribó en cómo conceptualizar de manera justa los alcances y limitaciones de los movimientos sociales populares. Los estudios que se ocupaban de la cuestión se inclinaban por una de dos grandes tendencias:²⁰

- Aquélla que aplica el calificativo de movimiento social a toda o cualquier iniciativa colectiva, es decir, que entiende a los movimientos sociales como esfuerzos colectivos para la solución de problemas.

— Aquélla que delimita restrictivamente el término para dar cuenta de las conductas colectivas que se orientan hacia transformaciones sustantivas de la sociedad.

La primera de estas tendencias se ubica dentro de la tradición de la escuela funcionalista en el estudio de los movimientos sociales, a la cual se le imputaba su propensión a pasar por alto el contexto histórico en cuyo seno desplegaban sus potencialidades tales acciones colectivas. Lo que en última instancia implicaba que los movimientos sociales tenían definida -en principio- una función regulativa del orden social. Funcionalidad ésta que restringe el ámbito de los movimientos sociales a la resolución de problemas particulares y que hace hincapié en su índole transitoria y efímera: una vez obtenidas sus reivindicaciones (enfatan estudiosos funcionalistas como Blumer), los movimientos sociales pierden su razón de ser y desaparecen.

Frente a esto, la segunda tendencia enfatizaba en la existencia (en la base de los movimientos sociales) de los intereses de las clases sociales fundamentales y en la función que éstos cumplen tendencialmente en la conservación o apropiación de la historicidad del sistema.²¹ Igualmente, estos estudios «conciben los movimientos sociales como procesos históricos regidos por leyes que no son independientes de la voluntad, de la conciencia y de las intenciones de los hombres, pero que determinan su voluntad, su conciencia y sus intenciones».²²

Es nuestro criterio que los aportes gestados a partir de las experiencias de educación popular en América Latina, terciaron de una manera decisiva en esta polémica teórica sobre los movimientos sociales; a tal grado que actualmente tales aportes constituyen una referencia obligada para el examen del poder transformador de los movimientos sociales. Lo que además tiene una significación particular para la IAP, en la medida en que la aludida precisión de la problemática conceptual de los movimientos sociales, sirvió, indirectamente a los fines de identificar un segundo criterio general por medio del que la IAP selecciona «núcleos de buen sentido» provenientes de la conciencia cotidiana para articular un conocimiento más vivencial de los aspectos estructural-relacionales de la sociedad. Pero, antes de explicitar este segundo criterio, debemos enumerar, aunque sea esquemáticamente, los elementos centrales que las experiencias de educación popular en América Latina, aportaron a la problemática de los movimientos sociales; son primordialmente los tres siguientes:

— Si bien los movimientos sociales se estructuran en torno a la satisfacción de determinadas demandas inmediatas cuya naturaleza cruza o trasciende el terreno de los intereses de las clases sociales²³ sin agotarse en ellos; no por eso dejan de poseer o manifestar un sentido utópico de transformación social. Este sentido utópico de los movimientos sociales, se expresa en su aspiración teleológica, es decir, en su propensión a trascender la coyuntura de crisis que los gestó para articularse a propuestas de más largo alcance.

— Esa posibilidad de orden estratégico que entrañan los movimientos sociales, tiene fundamento en el tipo de instancias e instituciones que se ven afectadas o cuestionadas por su accionar. Efectivamente, los movimientos sociales populares en América Latina han surgido adversando estrategias de «desarrollo» que arrasan «con toda una cultura respetuosa del equilibrio ecológico y unas prácticas cotidianas basadas en la austeridad. En nombre (...) del desarrollo se reemplazan estos valores: la agricultura para cubrir necesidades locales tiene que dar paso a los monocultivos para la exportación, (...) y otras tecnologías expansivas en capital sustituyen al agricultor de vocación por el obrero estacionario y mal remunerado. (...) No por voluntades individuales, sino por una política de modernización que Celso Furtado (ha calificado como) «crecimiento perverso desigual». ¿Por qué perverso? «Por el lugar que otorga a la producción de bienes y servicios de lujo, consumidos por una minoría (...) en detrimento de las necesidades fundamentales de la población... Las prioridades del desarrollo se encuentran trastocadas».²⁴

Así, el hecho de que estos movimientos sociales pongan en cuestión los elementos centrales desde los cuales se asignan las prioridades del desarrollo nacional,²⁵ pone en juego la posibilidad de que ellos sean gestores de una nueva racionalidad capaz de rediseñar los criterios del desarrollo.

— Sin embargo, ello no ocurrirá de manera fatal. De hecho no existe ninguna prevención que de modo aislado asegure o tutele la trascendencia de los movimientos sociales. No obstante, la educación popular en el seno de estos movimientos ha puesto de relieve la necesidad de buscar y materializar la continuidad sobre la base de la asunción de la naturaleza multifocal de los problemas de los grupos populares. La persistencia de los movimientos sociales se vincula así indisolublemente a las tareas organizativas y

educativas de los multifrentes que procuran enfatizar las demandas propias de cada sector según las condiciones coyunturales pongan el acento en uno u otro ámbito reivindicativo.²⁶

Es decir, la acción mancomunada de las organizaciones gestadas por los movimientos sociales y el establecimiento a partir de ella de una relación orgánica entre los ejes organizativo y educativo, aparecen como los requisitos cardinales para configurar una estrategia de supervivencia de los movimientos sociales en la dirección de cristalizar los pilares de una nueva concepción de desarrollo.²⁷

Decíamos, entonces, que a partir de las tres precisiones anteriores es que la IAP define un segundo tipo de criterios con arreglo al cual recuperar «núcleos de buen sentido» de la conciencia cotidiana. Pues bien, si el primer tipo de criterios que reseñamos nos remitía a todos aquellos componentes de la vida cotidiana (y el sentido común asociado) que estaban en pro de la vida y su reproducción inmediata, este segundo tipo de criterios nos remite a lo que, en la historia y cultura de los grupos de base, facilita, promueve o permite el establecimiento de relaciones de solidaridad y apoyo con otros grupos similares.

La diferencia entre el primer y segundo criterio tiene que ver con el hecho de que, en una primera aproximación, la vida cotidiana tiende a tutelar la reproducción inmediata de los valores de vida por medio del robustecimiento del principio de identidad sociocultural de los grupos de base. Lo cual implica que en cierta medida este reforzamiento de lo propio opera, por una parte, excluyendo a otros a quienes de manera inmediata no se los acepta como iguales y, por otra, como un patrón de reconocimiento o instalación precondicionada en el mundo de los espacios y objetos que configuran precisamente la inmediatez de la identidad sociocultural de los grupos de base.²⁸

De tal modo, que la necesidad y la valoración positiva de establecer vínculos de solidaridad y colaboración con grupos a quienes se reconoce como distintos pero, a la vez, pertenecientes a un mismo movimiento; es usualmente el producto de procesos que trascienden la vida cotidiana aunque, como veremos, deban asentarse en aquellos «núcleos de buen sentido» de su sentido común en los que se hayan materializado (como pasión y voluntad) los intentos de los grupos de base por convertirse en fuerzas sociales. Un poco de contrabando hemos introducido una noción relacionada con el grado de desarrollo de

los grupos de base: la de fuerza social. En realidad para comprender la riqueza metodológica del segundo tipo de criterios que utiliza la IAP para sistematizar «núcleos de buen sentido» de la vida cotidiana de los grupos de base, se requiere plantearse de qué manera conceptúa la IAP el tránsito de los grupos de base desde su ubicación objetiva como capas, estratos o categorías sociales, hacia su constitución efectiva en fuerzas sociales.

Nuestra tesis es que desde la IAP se piensa tal proceso por medio de dos conceptos que ella ha contribuido a precisar: la participación y lo alternativo. Veamos, seguidamente, el primero de ellos.

1.2.2 La noción de participación presente en la IAP

El concepto de participación surge en el panorama del pensamiento social moderno en el marco de las teorías liberales ilustradas.²⁹ En este sentido es clara la raigambre individualista del concepto, pues, en su versión liberal se parte de que el individuo «dotado de una supuesta libertad de acción, contribuye a la configuración de una trama de relaciones sociales mediante la búsqueda de la máxima utilidad individual. La teoría del contrato social es la expresión en el terreno de la política, de estos supuestos (...). El ciudadano -nueva unidad de básica de la organización social y política-, formalmente igual ante la ley y ante sus semejantes, se convierte así en el garante máximo de la nueva organización política, mediante la obediencia a la ley, el respeto a sus semejantes y la participación en las distintas esferas de la vida económica y política».³⁰

Más recientemente, en el ámbito latinoamericano, se hace presente una nueva interpretación de la participación; esta vez desde la teoría de la marginalidad. La cual, inspirada en las concepciones funcional estructuralistas, colocó los conceptos de marginalidad, participación, integración y promoción popular en el centro de su interpretación de la realidad latinoamericana. El diagnóstico producido por los representantes de esta tendencia (tal como Roger Vekemans) es muy sencillo: los problemas fundamentales de la pobreza en América Latina surgen del hecho de que coexisten en el subcontinente dos sociedades, una moderna y otra tradicional o atrasada. La naturaleza dual de las sociedades latinoamericanas habría provocado, entonces, el surgimiento de masas de población «no incorporada» a los beneficios de la productividad y a los niveles de ingreso, cultura y educación propios de las sociedades industrializadas. Y, desde luego,

que la línea divisoria entre los «marginados» y los «incorporados» consiste en la falta de participación.

«La respuesta adecuada a esta situación, según los teóricos de la marginalidad, es la incorporación de las masas marginales a la sociedad y la generación de canales participativos mediante programas de promoción. Esta última busca llevar a los grupos marginales del estado de no participación al de integración en una sociedad global reestructurada, que supere las taras propias del dualismo estructural (...). Lógicamente -señalan estos autores- este proceso de integración no puede ser llevado a cabo por los propios marginados. Es necesaria la presencia y la acción de agencias externas (...) que dirijan la tarea no sólo en el terreno de los bienes materiales sino, sobre todo en la esfera cultural. Para que los marginados puedan pasar del estado de marginación al de integración se necesita un cambio en sus esquemas de pensamiento tradicionales hacia valores ligados a la racionalidad y a la eficiencia.

Como puede verse, la teoría de la marginalidad asigna un contenido muy preciso a la participación. Esta es vista como el «antídoto» contra todos los males de la población marginada, y como un mecanismo de integración funcional al orden social vigente».³¹

Ahora bien, la noción de participación que ha ido gestando la educación popular latinoamericana -y, en su interior, la IAP-,³² posee características que la hacen, en cierto grado, heredera de las tradiciones recién señaladas pero, fundamentalmente, la diferencian como una ruptura respecto del significado sociopolítico que le asigna al protagonismo de los procesos sociales de base.³³

De manera esquemática, en una primera aproximación, podemos caracterizar los elementos esenciales de la participación para la IAP, por medio de los siguientes puntos:

1. Para la IAP la participación es un proceso social de intervención en diversos componentes de la realidad concreta.
2. El actor fundamental de tales procesos de intervención son los grupos de base en camino de convertirse en fuerzas sociales.³⁴

3. Las potencialidades de transformación presentes en la participación están dadas por el desenvolvimiento de un conjunto complejo de factores, dentro de los cuales la IAP privilegia metodológicamente la producción, apropiación y socialización de conocimientos orientados hacia la creación de comunidad.

De manera más sistemática, podemos resumir articuladamente los tres puntos anteriores, diciendo que: la participación es, básicamente, un proceso de intervención de las fuerzas sociales en el desenvolvimiento de la vida colectiva. Intervenir significa aquí tener un peso importante en los resultados intermedios y finales de los procesos de negociación, mediación y conflicto en torno de los cuales se produce la movilización de las fuerzas sociales. Estas últimas actúan insertándose en una realidad compleja compuesta por factores estructurales y situacionales³⁵ cuyo conocimiento apropiado es un elemento esencial, tanto para poner a su favor los componentes de una determinada correlación de fuerzas sociales, como para gestar internamente un sentido de comunidad sobre el cual apoyar la dinamización de sus potencialidades.

La creación de comunidad aparece, dentro de la noción de participación sustentada por la IAP, como la connotación fundamental de su quehacer propiamente político. Es decir, asumiendo que la expresión «política» remite a dos espacios no excluyentes del quehacer de las fuerzas sociales: el de creación de poder y el de constitución de lo comunitario; la noción de participación de la IAP está directamente emparentada con ese segundo sentido (fuerte) de lo político.³⁶

Esto último implica que la participación en este contexto no se concibe necesaria o exclusivamente definiéndose alrededor del poder «político» referido a los aparatos de Estado, sino en torno de todas aquellas relaciones de poder y colaboración dispersas y difusas en el seno de la sociedad civil que juegan abierta o sutilmente tanto en el desarrollo de la vida cotidiana, como en las relaciones de ésta con los factores estructurales.

Ahora bien, este concepto de participación nos permite concebir las gradaciones y aproximaciones desde la conciencia cotidiana³⁷ de los grupos de base hacia (o hasta) la conciencia transitiva³⁸ de los movimientos sociales populares; como una cuestión directamente vinculada a los canales y grados de intervención que en una coyuntura dada, alcanzan los individuos y las fuerzas

sociales. O sea, del desarrollo y organicidad que logren, eventualmente, los canales y grados de participación de los grupos de base; se derivan, dentro de la IAP, las posibilidades concretas de formular proyectos alternativos de desarrollo, lo mismo que las concepciones populares más elaboradas (análisis de coyuntura y programas) acerca de la viabilidad política-social de sus propuestas. En este sentido podemos identificar los siguientes grados escalonados de participación y detectar cómo en sus niveles más altos, la gestación de lo alternativo adquiere mayores posibilidades de materialización:

a. Información

Es el grado primario de participación, en él los interesados tienen acceso a la información sobre todas aquellas decisiones que los afectan, antes o después de ser tomadas por otras personas o grupos.

b. Consulta

En este nivel no sólo se conocen propuestas y decisiones, sino que la población tiene posibilidades normadas institucional o grupalmente de expresar su parecer sobre un determinado evento y declarar en función de sus intereses, un conjunto de aspiraciones, necesidades y puntos de vista, los cuales han de constituirse en criterio para la toma de decisiones.

c. Decisión

Aquí se presenta un ingrediente cualitativamente nuevo, a saber, la intervención activa de los interesados en la selección de una opción determinada. De tal modo, que las fuerzas participantes, ya sea mediante acciones directas o a través de representaciones, hacen efectiva su capacidad de escoger una o varias opciones en correspondencia con sus propios intereses. El nivel decisorio no sólo supone los anteriores, sino que requiere una presencia de los interesados como actores y constructores de la realidad social.

ch. Control

En este grado de participación, los participantes velan por la ejecución de las decisiones tomadas. Para lo que se dotan de los instrumentos (jurídicos, financieros, metodológicos, técnicos) necesarios para ejercer el control.

d. Gestión

Este es el grado más alto de participación por cuanto se supone que los agentes poseen las competencias y los recursos requeridos para el manejo autónomo de ciertas esferas de la vida colectiva. Es un nivel que exige una cierta calificación técnica de la población, el interés de los participantes para convertirse en gestores y, sobre todo, un clima comunitario propicio.

Es claro, entonces, que para la IAP lo participativo es, más que un recurso táctico o instrumental, una forma básica de consolidación del conocimiento para la vida al interior de los grupos de base y de gestación de los valores comunitarios y de alimentación social de las prácticas de contrapeso (contrapoder) político en el seno de los movimientos sociales.

Recapitulando tenemos que la IAP conforma sus bases conceptuales en el terreno de las prácticas sociales inmediatas y mediatas de los grupos de base, en los cuales se desarrolla como una opción de conocimiento y capacidad autogestiva. Al examinar las bases conceptuales que articulan las temáticas y ámbitos mediatos en los que se mueven los grupos de base comprometidos en experiencias de IAP hemos destacado, hasta aquí, la naturaleza pedagógica que adquiere la participación en la dirección de gestar un tipo de conocimiento apropiado para la formulación de proyectos alternativos. Resta ahora, para recomponer las bases conceptuales de la IAP, analizar de qué manera sus experiencias asociadas han ido configurando una determinada comprensión de lo alternativo y de sus formas de plasmación en proyectos de desarrollo. Es decir, trataremos de responder a la pregunta: ¿qué concepción de desarrollo ha contribuido a gestar las experiencias IAP y qué es lo alternativo dentro de tal concepto de desarrollo?

1.2.3 El carácter de lo alternativo en la IAP y su configuración en los proyectos de desarrollo

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial se generalizó un concepto de desarrollo³⁹ que tiene su origen en la transnacionalización de la economía mundial. Tal concepto se expresa en una creciente homogenización de la tecnología, de la producción y del consumo; sin tomar en cuenta los recursos de cada país y sus especificidades culturales.

La traslación de este modelo de desarrollo a los países latinoamericanos implicó la adopción de iniciativas estatales desde las cuales el desarrollo es concebido como un proceso lineal, con etapas preestablecidas, por el cual deben pasar todos los países. La idea subyacente es la de que hay un único modelo de desarrollo industrial que debe ser adoptado pasando por encima de las diferencias culturales e históricas.

En el plano de la política social del Estado lo anterior significó un marcado énfasis en programas compensatorios de gran cobertura (y escasa correlación entre costos y satisfacción de necesidades) por medio de los cuales se trató de paliar los efectos sociales de los procesos de urbanización y desplazamiento demográfico campo-ciudad asociados a la puesta en marcha de aquel modelo de desarrollo.

Por otra parte, la industrialización que sirvió de pivote al lanzamiento de aquella estrategia de desarrollo, trajo consigo la reproducción de la dependencia en virtud del incremento de los desequilibrios entre la generación de divisas y la necesidad de importar equipos y tecnologías de los países industrializados.

La experiencia demuestra, de forma incluso dolorosa, que la copia de los modelos económicos de los países desarrollados trae consigo la preponderancia de una lógica del despilfarro, la ineficiencia institucional en la atención de las necesidades básicas de la población y una relación depredatoria con los recursos nacionales y el medio ambiente. Frente a esto, paulatinamente y con grados cada vez mayores de viabilidad política, viene gestándose en los países subdesarrollados un concepto alternativo de desarrollo cuyos componentes básicos se pueden resumir así:

- Integralidad entre las diversas variables del crecimiento económico, la utilización de los recursos productivos y la satisfacción de las necesidades humanas. El desarrollo no se concibe aquí como una mera suma o agregado de componentes sociales, políticos y económicos, sino como la expresión integrada de una estrategia de largo plazo en la que la inversión económica y el desarrollo social se articulan en proyectos participativos concretos.
- Compatibilidad entre la satisfacción de las necesidades fundamentales de

la población y la valoración y preservación del acervo de recursos culturales y del medio ambiente con que cuentan nuestras sociedades.

— La participación y la autogestión como elementos fundamentales en la organización de la acción y la convivencia ciudadanas.

— Fomento de procesos de incremento de la productividad social por medio de metodologías y técnicas apropiadas a las realidades específicas y haciendo hincapié en la calificación de la fuerza de trabajo antes que en la rentabilidad de las inversiones de capital.

La IAP y, en general, la educación popular,⁴⁰ ha retomado y desarrollado en iniciativas usualmente locales los lineamientos antes reseñados. Sin embargo, en tanto las acciones de la educación popular han procurado prefigurar en instancias microsociales un orden que se desea alternativo en términos societales; las interrogantes acerca del carácter alternativo del desarrollo prefigurado y por construir, tienden a remitirse al problema de la constitución del orden democrático.

O sea, la IAP en sus labores de producción y usufructo de conocimientos apropiados a las necesidades comunitarias de los grupos de base y de los movimientos sociales populares; conceptualiza lo alternativo desde el seno mismo de las prácticas de estos grupos (unidos frente a sus adversarios sociales) por construir los canales y procedimientos de gestión democrática. De tal modo que dentro de este marco carecen de sentido cuestiones tales como si una determinada vivencia cultural (el rock o la imaginería popular, por ejemplo) es alternativa o fortalece el orden establecido. Por el contrario, lo central aquí estriba en qué medida (y con cuánta calidad) las prácticas de los grupos de base comprometidos en experiencias de educación popular están en condiciones de posibilitar que aquéllos se apropien de la construcción del orden social. O, en términos más rigurosas, se trata de asumir sistemáticamente el hecho de que los grupos de base en la producción material de su vida engendran simultáneamente el sentido de su modo de vida, pero que ya la encarnación de ese sentido de la convivencia en la organización social bajo la forma de Estado, les es extraña y hasta hostil.

Pues bien, la IAP por la mediación de sus dos criterios metodológicos fundamentales procura crear las condiciones apropiadas para que los grupos de

base se perciban a sí mismos como los constructores de un orden materializado en proyectos (tecnológicos, sociales, productivos) concretos. Se conjura así la amenaza autoritaria conculcadora de toda tendencia alternativa, que estereotipa cualquier alteración del orden vigente como la irrupción del caos.⁴¹ Así, las concepciones prevalecientes hoy día dentro de la educación popular latinoamericana se distancian claramente de aquéllas que conciben lo alternativo como la negación absoluta y suicida del orden vigente. Y ello no solamente porque en términos teóricos se entienda a los procesos de constitución de la hegemonía social -a diferencia de la dominación pura y simple- como fenómenos de «dirección política e ideológica en la que una clase o sector logra una apropiación preferencial de las instancias de poder en alianza con otros grupos, admitiendo espacios donde los grupos subalternos desarrollan prácticas independientes y no siempre «funcionales» para la reproducción del sistema».⁴² Sino también porque en términos prácticos se actúa agrupando tanto los bienes materiales (fondos revolutiveos, prácticas agronómicas socialmente apropiables, tecnologías construidas a la medida), como culturales (tradiciones de lucha, música y literatura populares portadoras de identidad); en la dirección de apertrear a los grupos de base en sus iniciativas de negociación y consolidación de espacios político-sociales frente a las instancias hegemónicas. Lo cual implica, además, que la gestación misma de lo alternativo se localiza para la educación popular justamente en el terreno de la decisión democrática respecto de la satisfacción de las «necesidades justas» (históricas) de los grupos populares. Es decir, lo alternativo se juega aquí esencialmente en las modalidades y procedimientos políticos que los grupos de base «proponen» a la sociedad toda, en calidad de una nueva asignación de prioridades en la producción, distribución y consumo de los bienes materiales y simbólicos. Sólo que esta vez la fuerza del ejemplo se hace acompañar del poder de negociación y de creación de consenso propio de grupos sociales que tienen a su favor una «contrapartida» muy alta en «saber hacer las cosas» con una viabilidad gobernada por la justa apreciación de sus propias fuerzas y recursos.

En definitiva, son estos aportes los que al mismo tiempo que configuran las bases materiales de una voluntad nacional popular (desde la cual lo alternativo se despliega como un orden nuevo); posibilitan una percepción del Estado que toma en cuenta operativamente su naturaleza heterogénea y contradictoria.

Precisamente, por ello, la IAP ubica su quehacer, en torno a la constitución

de lo alternativo, produciendo un conocimiento que lejos de aislar a los grupos, los coloca en situación de diseñar estrategias de sobrevivencia y consolidación de largo plazo en las cuales la comprensión de la acción estatal como siendo ejercida por instancias diferenciadas (por sus historias particulares, sus modalidades de relacionamiento con los usuarios, sus ámbitos de atención más o menos técnicos o políticos, etc.) juega un papel cardinal. En resumen: los ejes de configuración del pensar y actuar alternativos se afincan desde la IAP en el terreno heterogéneo y multifocal de la construcción de un proyecto de sociedad en correspondencia con las aspiraciones e intereses de las mayorías nacionales. De tal modo que las características específicas que asume dentro de la IAP la participación y el grado en que esta última adopta modalidades alternativas, depende, en última instancia⁴³ del avance concreto alcanzado por las mayorías nacionales en la construcción de su proyecto de sociedad. Sin embargo, en la medida que la configuración de tal proyecto es un proceso cruzado de contradicciones no solamente político-sociales y económicas sino también histórico-culturales; las experiencias de educación popular pueden cumplir tendencialmente una función sintética capaz de agrupar procedimientos y sensibilidades populares, las que, a su vez, se revertirán sobre las formas concretas de asunción de tal proyecto. Es decir, si bien lo alternativo tiene como escenario privilegiado la escena de las fuerzas políticas y sociales (a partir de cuya organicidad se gesta fundamentalmente el proyecto aludido); también otros escenarios (como el histórico-cultural) donde la IAP tiene su asidero preferente, contribuyen a determinar su sensibilidad básica.⁴⁴

En conclusión:

- La participación, en calidad de intervención consciente de fuerzas sociales, constituye la dimensión política principal de la educación popular.
- Lo alternativo no es privativo de las experiencias de educación popular, pero en tanto esta última contribuye a gestar los pilares materiales y la sensibilidad básica con arreglo a los cuales lo alternativo se encarna en proyectos concretos y se asume por parte de los grupos sociales fundamentales, respectivamente; tiene o puede llegar a tener un papel significativo en su instauración social.

2. Las bases metodológicas de la investigación-acción participativa

Es ya casi un lugar común iniciar la discusión de las metodologías de la IAP estableciendo la distinción entre éstas y las técnicas mediante las cuales se instrumentaliza una determinada concepción metodológica. A pesar del carácter admonitorio que usualmente reviste el énfasis que siempre se pone en la preeminencia de la metodología sobre las técnicas de la educación popular; la verdad es que la mayoría de los textos exponen como metodologías un conjunto variado de métodos y técnicas de alfabetización popular, de organización campesina o de diagnóstico participativo.⁴⁵ Esa carencia de rigor conceptual en el tratamiento de los problemas vinculados a los procedimientos mediante los cuales la IAP construye sus objetos de conocimiento, obedece, según nuestro criterio fundamentalmente a dos causas: el desarrollo desigual que las técnicas de animación grupal exhiben en detrimento de la constitución de procedimientos de análisis, programación y evaluación de procesos participativos más complejos; y la naturaleza heterogénea y pragmática de la evolución de la educación popular latinoamericana; la cual, como señaláramos antes, hace acopio de diversas disciplinas y tradiciones científicas sin preocuparse demasiado por el grado de compatibilidad existente entre los objetos y métodos de aquéllas.

En este documento proponemos una modalidad distinta para conceptualizar y entender las bases metodológicas de la IAP. Nos parece importante empezar por precisar que antes que de «la» metodología de la IAP, debemos referirnos a sus aproximaciones o vertientes metodológicas. Esta delimitación terminológica tiene por objeto establecer el carácter concreto de las relaciones que la IAP guarda con las áreas de conocimiento y con las prácticas de los grupos populares. Quizás la manera más clara de presentar la índole concreta de tales relaciones y como ella se expresa en la configuración de las aproximaciones metodológicas de la IAP, sea estableciendo un paralelismo entre los procedimientos científicos normalizados y las modalidades de trabajo metodológico de la investigación participativa.

En general, la investigación científica se configura como un proceso metodológico de conocimiento en la medida en que posee procedimientos verificados (histórica y lógicamente) para construir sus objetos de conocimiento. Esa demarcación analítica no consiste solamente en deslindar determinado campo de la realidad, sino que estriba primordialmente en «dimensionarlo

teóricamente, identificando y explicitando aquellas variables más significativas que articulan ese campo con el sistema (o subsistema) en el que se incluye». ⁴⁶

Se trata, entonces, de la configuración de un núcleo teórico en torno al cual se comprende la realidad, núcleo al cual Althusser ha llamado *concreto pensado* para enfatizar su pertenencia a un tipo específico de realidad. ⁴⁷ De tal modo, que desde el punto de referencia de la investigación científica, las metodologías aparecen como estrategias de conocimiento que sintetizan, esencialmente, articulaciones conceptuales más o menos formalizadas. Desde luego que se mantiene una conexión básica con la realidad tematizada por la investigación científica, pero la mediación del *concreto pensado* constituye una *presencia* con efectos epistemológicos que van en la dirección de establecer una diacronía funcional entre el orden lógico e histórico del discurso científico.

Es decir, los procedimientos en virtud de los cuales se construyen los objetos del conocimiento científico son tales que imponen una distancia (ruptura) o falta de concordancia entre los procesos de síntesis y análisis de la ciencia, el orden lógico que ellos imponen y los procesos reales tematizados. ⁴⁸

Todo lo anterior tiene como una de sus consecuencias importantes el hecho de que las metodologías científicas pueden ser (y de hecho lo son) formuladas en términos de constelaciones de técnicas y métodos que aunque estén teóricamente contextualizados, operan como sistemas independientes de producción de conocimientos y de resultados experimentales. O sea, la estrategia metodológica de una disciplina científica determinada, una vez que ha pasado por los procesos de validación establecidos, opera, esencialmente, mediante sucesivas *aplicaciones* a fenómenos delimitados por el área de conocimiento en cuestión.

Aunque, como veremos, las aproximaciones metodológicas de la IAP evidencian ciertos puntos de contacto con las metodologías científicas establecidas, el hecho de funcionar (la IAP) vinculada al «punto de vista de los actores» y de ubicarse en contextos conceptuales propios de las llamadas (por Merton) teorías intermedias; ⁴⁹ provoca que sus vertientes metodológicas se gesten, socialicen y validen con arreglo a criterios y objetivos distintos a los de la investigación científica tradicional.

Todo lo cual, no debe inducirnos a concluir que las aproximaciones metodológicas de la IAP no deben ser normadas pedagógica y científicamente. Sólo que nos parece de rigor tomar en consideración de qué manera los rasgos específicos de la IAP, en su doble dimensión de método de acción político-social y estrategia de conocimiento, condicionan o sobredeterminan sus opciones pedagógicas y científicas.

En la primera parte de este artículo tratamos de formular un conjunto de conceptos que la práctica histórica de la educación popular latinoamericana ha venido sustentando como apropiados para pensar la diversidad de sus quehaceres en el seno de los grupos de base. Asimismo, procuramos mostrar de qué manera cuando, con esa batería de conceptos, se piensa el tránsito entre el largo y el corto plazo (entre lo situacional y lo relacional/estructural); se da paso a dos criterios metodológicos centrales de la IAP.

Ahora bien, precisamente por la naturaleza particular de estos criterios metodológicos, de los conceptos que le sirven de fundamento teórico y de las prácticas sociales que los posibilitan;⁵⁰ las aproximaciones metodológicas de la IAP son estrategias de obtención y usufructo de conocimiento directamente vinculadas a las opciones de los grupos de base. De tal modo que las bases metodológicas de la IAP juegan -en el sentido de ser posibilitadas por necesidades colectivas- al interior de estrategias de sobrevivencia y de desarrollo de grupos populares concretos.

Por ello, no existe nada parecido a un recetario o, incluso, conjunto de reglas formalizadas, que nos pueda indicar los pasos requeridos para llevar a cabo un proceso de investigación participativa. Por el contrario, la índole inductiva de las teorías intermedias sobre las cuales puede asentarse una iniciativa de sistematización de una experiencia de IAP, vuelve obligatoria la recuperación de la riqueza de los procesos concretos, incluso en lo que éstos tienen de irreplicable y distintivo.⁵¹ O, más rigurosamente, la IAP estructura sus objetos de conocimiento mediante procedimientos (métodos) pensados desde y para los procesos de gestación de los sujetos populares. Así, las aproximaciones metodológicas de la IAP son, fundamentalmente, lecturas esenciales de las historias de vida de los sujetos populares y de los procesos de creación de comunidad. En la medida en que estas lecturas capturan los rasgos esenciales de aquellos procesos, la IAP posee características que la hermanan con las

diversas familias de la investigación científica; pero, en tanto los aprehende, expresa y socializa, mediante procedimientos vividos y empíricos, ella tiende a conformar un nuevo paradigma que sintetiza lógicas afectivas y racionales. Y es en este punto, cardinalmente, donde las aproximaciones metodológicas de la IAP encuentran su «estatuto» particular.

Es decir, de manera análoga a como la investigación (y, en general, el discurso) científico se funda en una distancia o ruptura entre los órdenes histórico y lógico; la IAP estructura sus métodos en torno a la síntesis entre la historia como vivencia o construcción humana y la historia como discurso heurístico. En definitiva, el eje que articula las aproximaciones metodológicas de la IAP reside en la capacidad que tienen aquéllas para aproximar o facilitarles a los grupos de base una vivencia de la historia que sea a la vez pasional e interpretativa.⁵²

Comprender y recuperar la historia propia -para poder construir la de todos- y convertir en fuerzas materiales (técnicas, sociales, productivas) estos aprendizajes: quizás éste podría ser el lema compendiado de las metodologías de la IAP.

Con todo, las aproximaciones metodológicas de la IAP, no se restringen a una especie de método para la indagación/apropiación histórica hecho a la medida de los grupos de base. Pues, si bien, como hemos indicado, las bases metodológicas de la IAP surgen de la alianza de la racionalidad afectiva y volitiva del movimiento popular con la lógica científica instrumental y el terreno de tal alianza es la apropiación de su propia historia por parte de los grupos de base; la verdad es que sólo mirando retrospectivamente, desde un alto estadio de desarrollo del movimiento popular, es que podemos afirmar la primacía de lo histórico-político dentro de la concepción metodológica de la IAP.

Más bien, en tanto las vertientes metodológicas de la IAP hunden sus raíces en las formas embrionarias de participación y gestión de los grupos de base; el eje histórico-político de su quehacer tiene como sustrato inicial las prácticas productivas y sociales existentes en la cotidianeidad de tales grupos.

En el caso de las experiencias de CECADE y de otros organismos de educación y desarrollo popular agrupados en la Asociación Latinoamericana de Organismos de Promoción (ALOP);⁵³ este sustrato inicial de las bases

metodológicas de la IAP, no ha sido sistematizado por medio de la conceptualización de la articulación entre producción, educación y organización en el seno de los proyectos de desarrollo alternativo.

2.1 La IAP y el eje producción-educación-organización

La exposición que sigue es el resultado de una sistematización preliminar de una experiencia en curso.⁵⁴ Por lo tanto, es probable que aparezcan en ella algunas conclusiones sin una fundamentación rigurosa y que, en ocasiones, la naturaleza restringida y embrionaria de los procesos contemplados (de los cuales, por otra parte, no podemos describir más que en sus rasgos más generales), nos obliga a ser cautelosos respecto del alcance de las orientaciones metodológicas implicadas.

Empecemos por evidenciar un hecho: la mayor parte de las experiencias latinoamericanas enmarcadas dentro de los principios de la IAP se han ocupado de las cuestiones vinculadas a las vivencias culturales y sociales de los grupos populares: los desarrollos técnicos y tecnológicos han estado prácticamente ausentes de las preocupaciones de los promotores de la IAP. Con ello, un vasto, complejo e importante espacio de las prácticas de los grupos de base (sobre todo campesinos) ha quedado por fuera de un tratamiento sistemático y reflexivo desde los parámetros de la educación popular.

De tal modo que nuestra experiencia reciente ha consistido esencialmente en la corroboración de que nuestro compromiso en la línea de promover proyectos productivos, ha traído consigo el cuestionamiento de muchos de los principios de la «teoría de la concientización» hasta hace poco prevaleciente en la educación popular latinoamericana.

No se trata solamente de que los proyectos productivos obliguen a concebir estrategias metodológicas aptas para acompañar (reflexivamente) los diversos espacios *materiales* en que se resuelve la vida de los grupos de base; sino también que ellos posibilitan (y requieren para ser alternativos) la integración de nuevas dimensiones del quehacer y del pensar de tales grupos en una relación dinámica con las instancias de poder y de creación de conocimiento locales y nacionales.

Dado el estado actual en que se encuentra la sistematización de este tipo de experiencias, creemos conveniente presentar sus principales derivaciones metodológicas mediante la siguiente enumeración esquemática:

1. La existencia de un sector agropecuario con estructuras socioeconómicas y productivas de gran diversidad, donde «conviven» consorcios multinacionales con grandes haciendas y explotaciones medianas capitalistas, junto con unidades pequeñas de tipo familiar de agricultura de subsistencia;⁵⁵ ubica a los protagonistas de los proyectos productivos alternativos en un contexto complejo cruzado de relaciones de fuerzas que no se agotan en los aparatos estatales.

De tal modo que la primera aproximación metodológica de la IAP, a saber: el protagonismo activo de los grupos de base como conductores de sus procesos⁵⁶ de conocimiento y gestión, deba ser ajustada en la dirección de precisar las características peculiares del protagonismo de los agentes productivos populares.

En este sentido, podemos adelantar que las formas de desarrollo de tal protagonismo deben ser concebidas como un tránsito desde la percepción inmediatamente vivencial de la producción hacia su decodificación como portadora y cristalizadora de determinadas relaciones sociales.

2. Esta decodificación no es exclusivamente «ideológica» (comprensión de los determinantes sociopolíticos de la producción) sino, fundamentalmente, productivo-política. Es decir, se desenvuelve y expresa como una asunción práctica de los sistemas y subsistemas productivos globales de la actividad campesina; en lo que aquéllos (sistemas y subsistemas) tienen que ver con al menos: racionalidad del mercado versus racionalidad de autosubsistencia; las tecnologías apoyadas en investigaciones por producto y especialidad, frente a las tecnologías de sistemas integrados de producción; la política agraria estatal en sus expresiones regionales y nacionales y los ajustes productivos regionales encaminados a configurar respuestas defensivas u ofensivas frente a las políticas en curso.

3. Los procesos educativos no se conciben aquí a modo de discurso yuxtapuesto a las prácticas técnicas y productivas de los proyectos. Al contrario,

ellos son conceptuados como momentos de énfasis reflexivo por cuya intermediación la producción es aprehendida como estructura de relaciones sociales que exige de los grupos una respuesta organizativa idónea para hacer frente a las condiciones coyunturales en las que la producción campesina adquiere una dimensión política regional y nacional.⁵⁷

4. Las aproximaciones metodológicas de la IAP operan aquí en la línea de expresar pedagógicamente y culturalmente las interconexiones entre los momentos productivo, educativo y organizativo, en el seno de los proyectos productivos; a fin de configurar un eje de conocimiento que los articule gradualmente. Una segunda derivación metodológica nos remitiría, en este caso, a la gradualidad de los procesos de solución de las necesidades básicas que han de acompañar los procesos educativos y organizativos en el seno de los proyectos productivos.⁵⁸
5. Esta gradualidad que se postula para los proyectos productivos de carácter alternativo, tiene que ver no solamente con los principios de una estrategia de sobrevivencia de largo plazo,⁵⁹ sino que también con exigencias de carácter educativo.

Por ello, su eficacia educativa depende, en gran parte, de que esté acompañada del paralelismo y simultaneidad de las actividades de planificación (diagnóstico-programación-ejecución-evaluación) con predominancia de una de ellas en correspondencia con la temporalidad específica tanto de las fuerzas productivas populares, de sus contrapartes empresariales, de los ciclos naturales, como de las prescripciones educativas y del avance organizativo de los grupos implicados.

NOTAS

1. Ver, al respecto: *Conocimiento y poder popular*, Fals B. O. 1986, p. 81 y *Evaluación, situación actual y perspectiva de las estrategias de investigación participativa en América Latina*. FLACSO, CCIP, 1982.
2. Por nuestra parte consideramos inadecuada una inclinación muy extendida entre los teóricos de la educación popular latinoamericana, a formular los conceptos de esta última partiendo directamente de los textos básicos del materialismo dialéctico o histórico. Se habla así de la Concepción Metodológica Dialéctica para referirse a los principios teóricos de la educación popular y de la IAP. En realidad se trata de un transvasado de categorías filosóficas como sujeto-objeto y teoría-práctica hacia la sistematización de experiencias que se desarrollan bien en el nivel de la coyuntura, bien en el de la estructura social o (a lo más) en el de la formación económico-social. Según nuestro criterio, una construcción de los conceptos apropiados para la IAP no puede pasar por alto el hecho de que cualquier texto básico (como *El Capital* y las Tesis sobre Feuerbach) «hablan» y han sido construidos desde una determinada problemática teórica que no es la misma (por no pertenecer al mismo nivel) que textos más concretos como «*El 18 Brumario*» o «*Los intelectuales y la organización de la cultura*» de Gramsci. Hasta ahora lo que se ha dado es una mezcolanza donde aparecen yuxtaponidos conceptos como sujeto-objeto con el de intelectual orgánico para intentar comprender fenómenos tan concretos (y, por lo tanto, tan multideterminados) como la inserción de los profesionales en los proyectos participativos.
3. Cf. *Diagnóstico de comunicación: mensajes, instituciones, comunidades*. Prieto, D. CIESPAL. 1985, p. 309.
4. En relación con vida cotidiana nos atenemos principalmente a las elaboraciones dadas por Prieto, D. *Op. cit.*, pp. 309-364 y respecto con los grupos de base véase *Intelectuales y pueblo: un acercamiento a la luz de Antonio Gramsci*. Gómez, José. DEI, 1988.
5. Cf. *Carta Encíclica Sollicitudine Rei Socialis*. Juan Pablo II. 1988, pp. 48-69.
6. Para una reflexión acerca de la urgencia de teoría que para tal tipo de experiencia requieren los grupos de base, Cf. *Teoría y crisis en América Latina*. Gallardo, H. 1984, pp. 41-60.
7. Cf. Gómez, J. *Op. cit.*, pp. 79-80.
8. Para un análisis detallado de las formas de producción de sentido, de distribución de los valores simbólicos en una sociedad concreta, véase «La dimensión ideológica de la crisis en Costa Rica y el papel de las sectas cristianas no históricas», Guadamuz, E., en *ABRA*, N. 2, 3. 1986.
9. Respecto de la producción lingüística y literaria popular, pueden encontrarse algunas indicaciones metodológicas interesantes en *Pautas para el estudio de la literatura popular*, Barzuna, G. et. al., pp. 23-42. CECADE, Costa Rica, 1987.
10. Desde luego, que en este punto se trata de una valoración propia de la trayectoria y de los alcances de la IAP. Tal valoración se fundamenta, en gran parte, en un examen crítico de las experiencias de CECADE en los últimos años. Al respecto pueden consultarse como documentos de partida, los siguientes: *Algunos principios y puntos críticos de la educación socialmente productiva*, CECADE, 1987; *Síntesis de las discusiones sobre la problemática de los proyectos productivos*, CECADE, febrero-mayo 1987; *Las semillas del futuro pueden germinar en tierra agreste*, Reuben S., W. y *CECADE: Ideas y acciones al servicio de los grupos populares*, CECADE, 1988.

11. Cuando decimos que la «P «juzga», debe entenderse que en realidad son los grupos de base comprometidos en acciones pedagógicas y políticas normadas participativamente, los que juzgan.
12. Véase al respecto: «Movimientos feministas», Sánchez O., pp. 73, 74, en: *Movimientos sociales y participación comunitaria*, Nuevos Cuadernos CELATS N. 7, Perú, 1985.
13. Desde luego que como se establece en *Fundamentos de formación política: análisis de coyuntura*, Gallardo, Helio, pp. 14, 15-19, 22. DEI, Costa Rica, 1988; existen múltiples factores que condicionan negativamente una inserción adecuada y lúcida de los agentes sociales (considerados en sus actividades cotidianas) dentro de su realidad histórico-social. Sin embargo, nos parece que esto no niega la existencia de unas jerarquías y estructuras de la vida cotidiana a partir de las cuales mediante ciertas metodologías, por una parte, se la puede comprender en sus relaciones estructurales y, por otra, se puede incorporar en ella problemas y reflexiones que la trascienden. Para una reflexión de las bases teóricas de esta última posibilidad, cf. *Sociología de la vida cotidiana*, Heller, Agnes; principalmente el capítulo: «La estructura de la vida cotidiana».
14. Sobre la articulación entre educación popular, procesos sociales de crisis y movilización popular, puede verse «La educación popular en Centroamérica», Bustamante, Martha. *Nuevos Cuadernos CELATS* N° 12, CELATS, Perú, 1987; principalmente el capítulo: Investigación social, conflicto, democracia y educación popular en América Latina.
15. Esencialmente todas aquellas elaboraciones que remiten a los problemas del contrapoder popular, de los espacios de negociación y relacionamiento con las instancias hegemónicas y de los componentes sociales y sentido político de los movimientos barriales, ecologistas y feministas.
16. Cf. *Conocimiento y poder popular*. Fals B., O., p. 20.
17. Morin, Edgar, «Autobiografía intelectual», citado por Restrepo, A en: *La participación comunitaria y la transformación democrática del Estado*. p. 18.
18. Respecto de tales parámetros del saber científico establecido, véase: *La sistematización, un intento conceptual y una propuesta de operacionalización*, Quiroz, T. y Morgan, M., p. 12. en: Nuevos Cuadernos CELATS. N. 11, Perú, 1987.
19. «Conocer lo real (...) no es algo que puede hacerse o lograrse de un solo golpe de vista, intuitiva o pasionalmente, sino que implica un esfuerzo, voluntad, organización y sobre todo, la creación de conceptos (...) de una totalidad jerarquizada de conceptos, de construcciones mentales, una teoría», Gallardo, H. *Op. cit.*, p. 21. 1988.
20. Cf. «Movimientos ecologistas», Barón, M., p. 31, en: *Nuevos Cuadernos CELATS*, N. 7, Perú, 1985.
21. Hablamos de «historicidad del sistema» para referirnos a los objetivos y tareas emprendidas por las mayorías nacionales para asumir la construcción de identidades sociales, instituciones y concepciones de vida propias de un nuevo proyecto de sociedad, es decir, nos referimos a lo que Gramsci llama la constitución de un nuevo bloque histórico.
22. Barón, M. *Op. cit.*, pp. 31-32.
23. Es decir, los movimientos sociales actuales cubren un espectro muy amplio de peticiones e intereses que van desde los vinculados a la preservación del medio ambiente, la defensa y ampliación de los derechos de las mujeres como grupo específico, hasta las demandas «tradicionales» de empleo, vivienda, producción y seguridad social. Cf. «Movimientos sociales», Fals, B., Orlando, en: *Movimientos sociales y participación comunitaria*. *Nuevos Cuadernos CELATS*, N. 7, CELATS, Perú, 1985.

24. *Ecodesarrollo: «desarrollo sin destrucción»*, Sachs, Ignacy, p. 62. Editorial Club de México, México, 1982.
25. Pensemos solamente en el caso de los modelos de ajuste estructural cuestionados por los movimientos campesinos y de pobladores, en tanto que tienden deslegitimar sus criterios de asignación de crédito y, en general, sus cánones de rentabilidad.
26. Cf. *Movimientos sociales*, Fals, B. O., p. 14.
27. Sobre las características de esta «organicidad» entre los ejes educativo y organizativo, aparece una elaboración conceptual en nuestro trabajo *Hacia una nueva concepción de la organización y la propaganda populares en Costa Rica*, CECADE-CTCR, 1987. Allí afirmamos, esencialmente, que el carácter complementario de lo organizativo y educativo al interior de las experiencias populares, está dado por la función sintética que cumple cada uno de ellos: lo organizativo sintetiza voluntades y espacios sociales (relaciones de fuerzas sociales) y lo educativo sintetiza voluntades y espacios culturales (relaciones de fuerzas ideológicas) en una orientación dada colectivamente.
28. Sobre la función de los objetos y espacios en la vida cotidiana y en su cultura; véase: Prieto, D. *Op. cit.*, el capítulo: Espacios y objetos en la vida cotidiana. pp. 345-363.
29. Sobre el origen, limitaciones y potencialidades del concepto de participación, véase: «Líneas conceptuales para el análisis de la participación ciudadana», Velásquez, F., en: *Movimientos sociales y participación comunitaria*, *Nuevos Cuadernos CELATS*, N. 7, CELATS, Perú, 1985.
30. Velásquez, F., *Op. cit.*, p. 85.
31. *Idem.* p. 86.
32. Posteriormente examinaremos las connotaciones específicas en el ámbito de la producción de conocimientos, que adquiere el concepto de participación dentro de la IAP.
33. Las elaboraciones que siguen las hemos tomado de nuestro artículo «Apuntes sobre la participación comunitaria en las políticas de desarrollo social», CECADE, 1988.
34. La noción de fuerzas sociales que hemos manejado es la que aparece en *Elementos de política en América Latina*, Gallardo, H., p. 30. En resumidas cuentas esta noción trata de expresar conceptualmente las diversas modalidades por medio de las cuales grupos empíricos (campesinos medianos y pequeños, por ejemplo) construyen alternativas de vida que cuestionan parcial o comprensivamente el estado de cosas imperante. El eje de esta noción estaría dado, entonces, por la palabra «fuerzas» que daría cuenta del hecho de que se trata de grupos sociales sometidos a tensiones dinamizadas por una determinada correlación desplegada en el tiempo, escenarios geográficos e institucionales y en regiones ideológicas.
35. Esta distinción y su respectiva explicación aparecen en *Fundamentos de formación política...* Gallardo, H., pp. 31-32.
36. Cf. *Elementos de política en América...*, específicamente el capítulo: La doble connotación del concepto «política»: poder y comunidad.
37. «Por conciencia cotidiana entenderemos el conjunto de representaciones que se configuran espontáneamente en la subjetividad de los agentes sociales. (...) La conciencia cotidiana incluye no solamente el conjunto de representaciones espontáneamente generales, sino también engloba la estructuración (organización) de tales representaciones». Solano, M. *El concepto de conciencia cotidiana*, p. 4.

38. Hablamos de conciencia transitiva (por oposición a conciencia intransitiva-ingenua) para referirnos al hecho de que los movimientos sociales constituyen escuelas vividas de transformaciones críticas de las representaciones que los grupos de base poseen de su propia realidad y de sus relaciones con instancias diversas. Respecto de la conciencia intransitiva-ingenua, véase *Educación popular y proceso de concientización*, Barreiro, Julio., pp. 89, 90, Editorial Siglo XXI, México, 1986.
39. Véase al respecto: *Notas para la definición de una nueva política de desarrollo social: algunas precisiones conceptuales*, Guadamuz, E. CECADE, 1988.
40. En este texto usamos, en ocasiones, indistintamente las expresiones IAP y educación popular. En la realidad de los proyectos ellas aluden a metodologías y concepciones convergentes, pero desde el punto de vista analítico, es adecuado concebir a al IAP como un soporte básico de la educación popular en la medida en que esta última comprende dimensiones productivas y de acciones políticas de los grupos de base en los cuales la IAP opera esencialmente en la producción y socialización de los conocimientos apropiados. Es decir, la expresión educación popular alude a un conjunto de procesos político-sociales que trasciende lo propiamente pedagógico y epistemológico, para insertarse en la vida práctica de los grupos de base; mientras que la IAP se sitúa, más bien, próxima a las problemáticas vinculadas a la gestación y usufructo del conocimiento popular.
41. Norberto Lechner en «Post Scriptum», *Movimientos populares y alternativas de poder en América Latina*, 1980, p. 263; señala, en ese sentido, que «dentro de esa antinomia de orden versus caos (...) no existe posibilidad de construir un buen orden».
42. Cf. «Gramsci con Bourdieu: hegemonía, consumo y nuevas formas de organización popular», García Canclini, N. en *Nueva Sociedad*, N. 71, marzo/abril 1984, p. 71.
43. Como vimos, en primera instancia, las determinaciones sobre la naturaleza alternativa de la participación gestada en el seno de experiencias de educación popular, están dadas por las condiciones de inserción situacional de los movimientos sociales populares.
44. Hablamos de sensibilidad básica para referirnos al tejido de sentimientos, pasión de vida y modalidades socioproductivas fundamentales que caracterizan las maneras en que los agentes sociales básicos asumen la construcción de su proyecto de sociedad. Elementos de esta sensibilidad básica pueden ser: el respeto hacia un desarrollo equilibrado (ecodesarrollo), la tolerancia y el respeto de las diferencias como conducta política y civil, la asunción de los problemas de género (concreción social de la sexualidad) desde una óptica solidaria, etc.
45. Incluso un texto como *Organización campesina: el objetivo político de la educación popular y la investigación participativa*, de Gianotten y de Wit; que en cuanto al análisis de la economía campesina hace aportes valiosos, incurre en esta falta de rigor conceptual.
46. Quiroz y Morgan, *Op. cit.*, p. 14.
47. *Idem.*
48. Desde luego que estamos siendo necesariamente esquemáticos en esta presentación de las características de los procedimientos científicos. Pero creemos que aun así debe quedar claro que lejos de ser una limitación esta distancia diacrónica/sincrónica de la ciencia, constituye parte esencial de su estatuto como tal.
49. Cf. Quiroz y Morgan. *Op. cit.*, p. 13.

50. Nuevamente hacemos alusión a prácticas sociales de categorías que no tienen un referente inmediato en las luchas de los grupos sociales básicos y que encuentran explicación en teorías orientadas a la comprensión de áreas precisas de la realidad. Tales teorías no niegan validez a las macroteorías, pero sí plantean una forma diferente de construirlas.
51. Se supone que sistematizar equivale a generalizar de tal modo que en otros contextos o situaciones pueda aprenderse de la experiencia sistematizada. Pero, en su sentido más profundo, la sistematización sólo logra ser aprehendida en la medida en que expresa (en las prácticas sociales de los grupos puestos en relación por su intermedio) el carácter vivencial, inédito e irrepetible de procesos asumidos como proyectos de vida personales y colectivos.
52. Es decir, que envuelva en un solo movimiento una voluntad de poder y solidaridad con una voluntad de saber.
53. Véase, al respecto: *Campesinado andino, proyectos productivos y desafíos del promotor*. Serie: Cuadernos de ALOP, N. 1, Quito, 1988.
54. Algunas indicaciones preliminares al respecto aparecen en: *A la agricultura de cambio a través de un vivero de macadamia*, documento de circulación interna, CECADE, 1988.
55. Véase: *Generación de tecnologías adecuadas al desarrollo rural*, p. 5. Serie: Desarrollo Rural, No. 4, FAO, Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
56. Cf. *Lineamientos de una metodología para apoyar procesos de capacitación y organización popular*, p. 10. SEHAS, Argentina, 1986.
57. Si la producción es conceptualizada como la materialización de una determinada estructura de relaciones sociales, entonces, su éxito, prosperidad o fracaso, no depende exclusivamente de las condiciones climáticas o agronómicas; sino también de una inserción adecuada/inadecuada de los grupos en las coyunturas políticas en que tales relaciones sociales de fuerza y negociación se expresan. Además, dominar una técnica productiva deviene también tanto el resultado de la ubicación en un sistema social de distribución y usufructo del saber, como, eventualmente, una herramienta de poder en la negociación política.
58. Cf. SEHAS. *Op. cit.*, p. 11.
59. Que asume por lo tanto la construcción paulatina de sistemas productivos interdependientes.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Ayazi, Abdul, et al.: Simple, souple, désentralisée: des critères d'évaluation pour des projets de développement rural», en CERES, Roma, Nov-Dec. 1979.
- Bachelard, Gaston: *La formación del espíritu científico*, 13 edición, Siglo XXI Editores, México, 1985.
- Barón, M.: Movimientos ecologistas, en: *Nuevos Cuadernos CELATS*, Perú, 1985.
- Barreiro, Julio: *Educación popular y proceso de concientización*, II edición, Siglo XXI Editores, México, 1986.
- Barzuna, G. et al.: *Pautas para el estudio de la literatura popular*, CECADE, Costa Rica, 1987.
- Berthelot, Yves y Foss, G.: *Pour une nouvelle coopération*, IEDES, Puf, París, 1975.
- Bustamante, Martha: La educación popular en América Central: estudio de casos, en *Nuevos Cuadernos CELATS*, N. 12, Perú, 1987.
- Corado, G. y Rueda, M.: *Investigación coparticipativa*. SEI-Editorial, Guatemala, 1985.
- Cazanga, J., Guadamuz, E. y Reuben, S.: *Reforma agraria y desarrollo rural: situación y perspectivas en el Istmo Centroamericano y República Dominicana*, CECADE-Consultoría IICA-Programa III, 1987.
- CECADE: *A la agricultura de cambio a través de un vivero de macadamia*. Documento preliminar de circulación interna, 1988.
- _____ : *Algunos principios y puntos críticos de la educación socialmente productiva*, CECADE, Costa Rica, 1987.
- _____ : *Ideas y acciones al servicio de los grupos populares*, CECADE, Costa Rica, 1988.
- _____ : *Síntesis de las discusiones sobre la problemática de los proyectos productivos*, CECADE, Costa Rica, 1987.
- Fundación Dag Hammarskjöld: *Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro*. Development dialogue, Número especial, 1986.
- Coraggio, José: *Deuda externa y pedagogía popular. Grupo de trabajo sobre la deuda externa*. ALOP-CAAP-CEDES-CIUDAD, Ecuador, 1988.
- Chiriboga, Manuel: Campesinado ecuatoriano y proyectos productivos. En: *Campesinado andino, proyectos productivos y desafíos del promotor*. Serie: Cuadernos de ALOP N. 1 Quito, 1988.

- Fals Borda, Orlando: *Conocimiento y poder popular*, Siglo XXI Editores, Colombia, 1986.
- _____: Movimientos sociales, en: *Movimientos sociales y participación comunitaria*, Nuevos Cuadernos CELATS N.7, CELATS, Perú, 1985.
- FAO: *Generación de tecnologías adecuadas al desarrollo rural*. Serie: Desarrollo rural N. 4. FAO, Oficina Regional para América Latina y el Caribe, 1987.
- FAO-Oficina Regional para América Latina y el Caribe: *Generación de tecnologías adecuadas para el desarrollo rural*. Serie: Desarrollo Rural N.4, 1987.
- FLACSO-CCIP: *Evaluación, situación y perspectiva de las estrategias de investigación participativa en América Latina*, Chile, 1982.
- Foucault, Michael: *La arqueología del saber*, II edición, Siglo XXI Editores, 1985.
- Gagliardi, R. : Los conceptos estructurales en el aprendizaje por investigación, en: *Enseñanza de las ciencias*, 1986 (4)(1) 30-35.
- Gallardo, Helio: *Elementos de política en América Latina*, DEI, Costa Rica, 1986.
- _____: *Fundamentos de formación política: análisis de coyuntura*, DEI, Costa Rica, 1988.
- _____: *Teoría y crisis en América Latina*, Editorial Nueva Década, Costa Rica, 1984.
- García Canclini, N. : Gramsci con Bordieu: hegemonía, consumo y nuevas formas de organización popular, en *Nueva Sociedad* N. 71, marzo-abril 1984, Venezuela, 1984.
- Gómez, José: *Intelectuales y pueblo: un acercamiento a la luz de Antonio Gramsci*, DEI, Costa Rica, 1988.
- Grosser, E. et al.: *GTZ-Manuel: Vulgarisation agricole*, Francfurt, 1984.
- Guadamuz, Ernesto: *Apuntes sobre la participación comunitaria en las políticas de desarrollo social*, CECADE, Costa Rica, 1988.
- _____: *Hacia una nueva concepción de la organización y la propaganda populares en Costa Rica*, CTCR-CECADE, Costa Rica, 1987.
- _____: La dimensión ideológica de la crisis y el papel de las sectas cristianas no históricas, en: *Abra* N. 3-4, Universidad Nacional, Costa Rica, 1987.
- _____: *Notas para la definición de una nueva política de desarrollo social: algunas precisiones conceptuales*, CECADE, Costa Rica, 1988.
- Heller, Agnes: *Historia y vida cotidiana*, Editorial Grijalbo, España, 1972.
- Heller, Agnes: *Sociología de la vida cotidiana*, Ediciones Península, Barcelona, 1977.

- IICA: *Capacitación campesina: un instrumento para el fortalecimiento de las organizaciones campesinas*. Serie Documentos de Programa N.3 Costa Rica, 1987.
- Juan Pablo II: *Carta Encíclica Sollicitudo Rei Socialis*, Librería Editrice Vaticana, Vaticano, 1987.
- Lechner, Norberto: Post scriptum en: *Movimientos populares y alternativas de poder en Latinoamérica*, Universidad Autónoma de Puebla, México, 1980.
- Pavlóv, Tódor: *Cultura, ideología y arte, en: Ideología, cultura y sociedad*. Editorial Arte y Literatura, Cuba, 1983.
- Prieto, Daniel: *Diagnóstico de comunicación: mensajes, instituciones, comunidades*, CIESPAL, Ecuador, 1986.
- _____ : *El autodiagnóstico comunitario*, CIESPAL, Ecuador, 1986.
- Quiroz, T. y Morgan, M.: La sistematización, un intento conceptual y una propuesta de operacionalización, en *Nuevos Cuadernos CELATS*, N. 11, CELATS, Perú, 1987, pp.7-23.
- Restrepo, A. : La participación comunitaria y la transformación democrática del Estado, en: *Nuevos Cuadernos CELATS*, N.7, CELATS, Perú, 1985.
- Reuben, William: *Las organizaciones no gubernamentales en el desarrollo rural de América Latina y el Caribe*, Serie de Publicaciones Misceláneas, Programa III IICA, Costa Rica, 1988.
- _____ : *Las semillas del futuro pueden germinar en tierra agreste*, CECADE, Costa Rica, 1987.
- Sachs, Ignacy: *Ecodesarrollo: desarrollo sin destrucción*.
- Sánchez, O. : Movimientos feministas, en: *Nuevos Cuadernos CELATS*, N.7, CELATS, Perú, 1985.
- SEHAS: *Lineamientos de una metodología para apoyar procesos de capacitación y organización popular*, SEHAS, Argentina, 1986.
- Solano, M.: El concepto de conciencia cotidiana, en *Actualidades en Psicología*, Vol. 3 N.18, Universidad de Costa Rica, 1987.
- Vargas, J. : Movimientos barriales, en: *Nuevos Cuadernos CELATS*, N.7, CELATS, Perú, 1985.
- Terán, Guillermo: Problemática del promotor en el desarrollo de proyectos productivos. En: *Campesinado andino, proyectos productivos y desafíos del promotor*. Serie: Cuadernos de ALOP N.1, Quito, 1988.
- Vovelle, M. : *Ideologías y mentalidades*, Editorial Ariel, España, 1985.